

El gran salto de Shri Hánuman

Basado en un relato del *Ramáyana*

Capítulo I

La intención de servir

Shri Hánuman, conocido por su fuerza, valentía y determinación, se convirtió en consejero de Sugriva, rey de los *vanaras*, el pueblo de los monos. Fue con estas facultades que lo enviaron a conocer al Señor Rama y a su hermano Lákshmana, príncipes de Ayodhya, quienes en ese momento se hallaban viviendo en exilio, en el bosque de Kishkindha.

Cuando Hánuman los encontró, iban vestidos como ascetas, con ropa hecha de corteza. Sin embargo, en el momento en que Hánuman vio al Señor Rama, reconoció la grandeza del Señor; percibió la divinidad del Señor.

Hánuman se sintió invadido de felicidad, de reverencia, de gratitud. Había encontrado a su Maestro. Y supo que de ese día en adelante, serviría al Señor Rama con todo el corazón.

Hánuman pronto se enteró de que el Señor Rama no solo había sido exiliado injustamente, sino que un rey demonio de diez cabezas, llamado Ravana había raptado a la amada esposa del Señor Rama, Sita, que vivía con él en el bosque. Desde el día en que Sita desapareció, nadie la había visto ni había escuchado de ella.

Hánuman estaba ansioso por ayudar al Señor Rama.

–Mi señor, nosotros los *vanaras* tenemos una visión aguda –le dijo al Señor Rama–. Podemos trepar a elevados sitios estratégicos, donde no pueden

los humanos, y pasar inadvertidos. Envíanos a buscarla. Si alguien puede encontrar a tu amada Sita, somos nosotros.

El Señor Rama miró al magnífico y noble mono, de pie ante él.

–Tienes un corazón valiente y dispuesto –dijo el Señor Rama–. Esta no es una tarea fácil, pero sé que si la emprendes, la llevarás a término.

–Lo haré, mi señor. Nada me detendrá. ¡No descansaré hasta encontrarla!

– dijo Hánuman.

Entonces el Señor Rama le dio a Hánuman una descripción de Sita: su belleza, su dignidad, el sari amarillo que llevaba puesto. Le dio detalles de dónde y cuándo había ocurrido el rapto. Por último, el Señor se quitó del dedo el anillo que llevaba y se lo entregó a Hánuman.

–Cuando la encuentres, dale este anillo –dijo el Señor Rama–. De esa manera ella sabrá que yo te he enviado y que puede confiar en ti.

Hánuman recibió el anillo ahuecando las palmas y lo contempló con admiración. El anillo estaba inscrito el nombre del Señor Rama; de hecho, vibraba con su nombre. Hánuman tocó el anillo con la frente en señal de reverencia.

–Mi señor, voy a llevar este anillo junto a mi corazón –dijo–. Y nadie más que tu reina lo tomará nunca de mí.

Al día siguiente Hánuman partió con un ejército de monos y osos en busca de Sita. Avanzando hacia el sur desde Kishkindha, minuciosamente montañas, bosques y llanuras, pero no la vieron ni encontraron rastro de ella. Después de muchas semanas de búsqueda, llegaron al extremo sur de la India. Allí se sentaron en la arena, mirando con desánimo los kilómetros interminables de mar. ¿En dónde podría estar Sita?

Entonces, un águila muy vieja voló para aterrizar en medio de ellos. Los había escuchado hablar de Sita, y tenía algo de interés que contarles.

Los monos se reunieron cautelosos alrededor, para escuchar lo que tenía que decir.

–El rey Rávana voló sobre esta misma playa hace unos seis meses –les dijo el águila–. Llevaba a una hermosa mujer en sus brazos.

Al escuchar esto, todos los monos aguzaron el oído.

–Pero, ¿quién era? –preguntó Hánuman. ¿Era Sita?

–Era Sita –dijo el águila–. Llevaba un sari amarillo, y se debatía, gritando, ¡Rama! ¡Lákshman! ¡Sálvenme! ¡Sálvenme

Los monos temblaban de emoción.

–¿En qué dirección iban volando? –preguntó Hánuman.

–Hacia el sur – el águila.

–¿Al sur no hay nada más que el mar! –dijo Hánuman.

–Más allá del mar hay una isla llamada Lanka –explicó el águila–. Allí, en lo alto de las montañas, se encuentra el reino de Rávana, Lankapuri. Cuando yo era joven, volé sobre él muchas veces. Vayan allí, y encontrarán a la señora que buscan.

–¿Qué tan ancho es el mar? –Hánuman le preguntó.

–Muy ancho. Nadie puede cruzarlo sino volando.

Los monos se abatieron con esta noticia. Incluso Hánuman quedó en silencio. Entonces Jambaván, el rey de los osos, tomó la palabra.

–¿No estás olvidando quién eres? –le preguntó a Hánuman. Tú naciste por la voluntad del Señor Vayu, dios del viento. Al igual que él, puedes viajar a

donde desees. Tienes la fuerza para convertir los bosques en astillas y puedes pasar por la hendidura más pequeña de la pared más fuerte. Desde niño has tenido la protección del Señor Brahma y del Señor Indra. El mismo Señor Surya te enseñó los Vedas. ¿Cómo puedes pensar que está más allá de tu poder cruzar este estrecho de agua?

Ante las palabras del rey oso, Hánuman despertó. “¡Por supuesto! –se dijo a sí mismo–. El Señor Rama no me habría confiado esta misión sagrada si no hubiera creído que podía cumplirla. ¿Cómo pude haber olvidado mi poder y mi grandeza?”

Con esto, el más grande de los monos comenzó a crecer, haciéndose más y más grande.

–Iré a la cima de la montaña más cercana –dijo–. Desde ahí, voy a lanzarme en un salto tal que el mundo no ha visto nunca.

Ante esto, sus compañeros monos se quedaron con la boca abierta.

–¿Planeas *saltar* a través del mar hasta Lanka? –le preguntó uno de los más pequeños.

–*Voy a saltar* a través del mar –dijo Hánuman–. Pues no hay otra manera de obedecer el mandato del Señor Rama. Ahora él era enorme, se elevaba por encima de todos sus compañeros. Su cabeza se alzaba arriba de las copas de los árboles.

Con zancadas gigantes, Hánuman se encaminó hacia la Montaña Mahendra. El suelo temblaba bajo su gran peso; los pájaros asustados se desprendían de los árboles graznando. Él limpió el bosque y luego, desde la roca de pedernal que había en la cima, miró a lo lejos. Vio la tierra cayendo hacia la costa y el ancho, ancho mar. Mucho más allá se encontraba el pálido contorno de la isla desconocida. Hánuman comprendió entonces lo lejos que tendría que saltar.

Se inclinó reverente ante los dioses a norte, este y oeste. Luego se volvió hacia el sur, se inclinó ante el Señor Vayu, y rezó para que, como el viento, él pudiera volar hasta esa orilla distante. Tocó el anillo del Señor Rama, que tenía junto al corazón, y pidió que la gracia del Señor estuviera con él.

Entonces, alzando los brazos al cielo, proclamó:

–Volaré hasta Lanka como una flecha desde el arco del Señor Rama. ¡Voy a encontrar a Sita!

Y con el corazón fijo en el Señor Rama y su mente puesta en cumplir el mandato del Señor, Hánuman se lanzó al aire.

(Continuará..)

El Rāmāyana es un poema épico compuesto por el sabio Válmiki. Narra la historia del Señor Rama, una encarnación del Señor Vishnu. Junto con el poema épico del Mahābhārata, está considerado como una de las más grandes obras de la literatura de la India.
